

LA DIVERSIDAD Y DESIGUALDAD DE LAS FAMILIAS LATINOAMERICANAS*

IRMA ARRIAGADA A.**

*Recibido: abril 28 de 2009
Aprobado: octubre 30 de 2009*

RESUMEN: Este texto, “La diversidad y desigualdad de las familias latinoamericanas”, se refiere a las grandes transformaciones que han experimentado las familias latinoamericanas como efecto de los procesos globales de modernización y modernidad; a su diversidad étnica y cultural entre y dentro de los países y, sobre todo, a las grandes desigualdades en términos de género y bienestar. De esta forma se alude a las tres principales fuentes de desigualdad de América Latina: aquella proveniente de la pertenencia a determinada clase social y patrimonio, a la pertenencia étnico-racial y a los sistemas de género existentes en la región. Se sostiene que la desigualdad es un problema histórico en los países de Latinoamérica y el Caribe puesto que refiere a su persistencia de una generación a otra. El artículo consta de dos partes: en la primera, se presentan las grandes transformaciones observadas en las familias y el grado de diversidad entre ellas; en la segunda, se señala que este grado de diversidad no se considera en el diseño de las políticas públicas hasta hoy y se sostiene que las áreas de cuidado de las personas –no cubiertas por las políticas– sobrecargan especialmente a las mujeres. Estos son grandes desafíos para las políticas públicas en la región latinoamericana.

PALABRAS CLAVE: familia, desigualdad, cuidado, políticas públicas, trabajo, migración.

* Esta es una versión ampliada y revisada de la ponencia presentada en el III Seminario Internacional sobre Familia: Las familias el reto de la diversidad; Universidad de Caldas, Manizales, Colombia, 28 al 30 de abril de 2009. El texto original apareció publicado como “Familias latinoamericanas: cambiantes, diversas y desiguales”, en *Papeles de Población* 53, Año 13, julio-septiembre 2007.

** Socióloga chilena, consultora internacional e investigadora visitante del Centro de Estudios de la Mujer (CEM), Chile. Correo electrónico: irma.arriagada@gmail.com

DIVERSITY AND INEQUALITIES OF LATIN-AMERICAN FAMILIES

ABSTRACT: This text refers to the great changes that Latin American families have experienced as a result of the global processes of modernization and modernity; its ethnic and cultural diversity between and within countries; and, above all, the great inequalities in terms of gender and welfare. This refers to the three main sources of inequality in Latin America: social class and origin, ethno-racial adscription, and gender systems in the region. It supports the fact that inequality is a historical problem in the Latin American and Caribbean countries since it relates to its persistence from one generation to the next. The article consists of two parts: the first presents the major changes observed in the families and the degree of diversity between them. The second part notes that this degree of diversity is not considered in the design of current public policies and argues that the areas of care not covered by public policies are delegated especially to women. These are important challenges facing public policy in Latin America.

KEY WORDS: family, inequality, care, public policies, work, migration.

1. ¿CUÁLES SON LOS CAMBIOS?

En América Latina, en las últimas décadas, distintos procesos han generado cambios en la estructura y comportamiento de las familias. Desde un punto de vista económico, la incorporación de América Latina a la economía global ha modificado las formas de trabajo y de empleo lo que ha impactado la organización y distribución de responsabilidades y derechos en las familias; los cambios demográficos relativos a la reducción de la fecundidad, al aumento de la esperanza de vida y a las migraciones están influyendo en el tamaño y en la estructura familiar. El ingreso de las mujeres al mercado laboral desencadena transformaciones culturales y subjetivas que han sido denominadas, por su alcance, “la revolución silenciosa”.

Analicemos estas transformaciones:

- *La diversificación de las formas familiares.* Durante el lapso estudiado entre 1990 y 2005, las familias se han diversificado (ver

Gráficas 1 y 2). El modelo más importante de familia nuclear, la biparental con hijos se redujo (de 46,3% en 1990 a 41,1% en 2005). Este modelo coexiste con la familia extendida de tres generaciones (en 2005 algo más de un quinto de todas las familias latinoamericanas, 21,7%), las familias nucleares monoparentales, principalmente a cargo de mujeres (12,2% en el año 2005), los hogares unipersonales (9,7% en 2005), las familias nucleares sin hijos, los hogares sin núcleo conyugal y las familias compuestas. Es decir, existe gran variedad de arreglos familiares: las personas pueden optar por vivir solas, en parejas sin hijos, en hogares monoparentales, en uniones consensuales, en uniones homoparentales. Se sabe de un creciente número de las familias recompuestas (parejas que se unen y traen sus hijos de uniones anteriores y de otros padres), así como de familias a distancia producto de las migraciones de alguno de sus integrantes, pero cuyo peso se desconoce porque no es posible inferir su magnitud, a partir de la información de las encuestas de hogares. Sin embargo, estudios de casos muestran los cambios importantes en la percepción de quienes son integrantes de esas familias, la mayor individuación de sus miembros y la aceptación de diversas lógicas afectivas en la misma familia.

- Otra de las consecuencias más notable es *la transformación del modelo de familia con hombre proveedor*. Este modelo corresponde a la concepción tradicional de la familia nuclear, en la que están presentes ambos padres junto con sus hijos, la madre se desempeña como ama de casa de tiempo completo y el padre como único proveedor económico. El aumento en los niveles educativos y la creciente incorporación de la mujer al mercado laboral, lleva a transitar del modelo “hombre proveedor” al de “familias de doble ingreso”. Para América Latina, entre 1990 y 2005 la tasa de participación laboral femenina en las zonas urbanas de 18 países aumentó de 45,9% a 58,1% (CEPAL 2006). Es decir, actualmente en la mayoría de las familias latinoamericanas la mujer ha dejado de ser exclusivamente ama de casa para ingresar al mercado laboral y constituirse en un nuevo aportante al ingreso familiar. El modelo más tradicional de familia nuclear con ambos padres, hijos y donde la cónyuge realiza trabajo doméstico sólo alcanza a uno de cada cinco (20,9%) hogares latinoamericanos urbanos.

Este cambio ha significado que en la actualidad una alta proporción de los integrantes de las familias en América Latina busquen alcanzar un equilibrio entre las responsabilidades laborales y las relacionadas con el cuidado del hogar. Las mujeres son especialmente afectadas por esta transición ya que se mantiene la expectativa cultural

de que las madres (reales o potenciales, es decir, todas las mujeres) sigan asumiendo la responsabilidad principal por los cuidados del hogar y, por otro lado, que participen en el mercado laboral. Pero mientras se ha ampliado el acceso de la mujer al trabajo remunerado, lo que consume el tiempo destinado a cubrir las responsabilidades familiares, no se ha producido un cambio equivalente en la redistribución del tiempo que los hombres dedican al trabajo y al hogar y la sobrecarga de trabajo ha recaído entre las trabajadoras, especialmente, las madres con hijos pequeños.

- Otra tendencia creciente es *el aumento de las familias con jefatura femenina* (ver Gráfica 3), que adquiere visibilidad y se ha analizado ampliamente en la región latinoamericana, especialmente en Centroamérica (CEPAL 2004; López y Salles 2000; Chant 2003). Desde una perspectiva demográfica se relaciona con el aumento de la soltería, de las separaciones y divorcios, de las migraciones y de la esperanza de vida. Desde un enfoque socioeconómico y cultural obedece al aumento de la educación y a la creciente participación económica de las mujeres que les permiten la independencia económica y la autonomía social para constituir o continuar en hogares sin parejas. Actualmente casi un tercio de las familias en América Latina están encabezadas por mujeres. Entre los hogares indigentes, aquellos con jefas están sobrerrepresentados.

- También, *se ha producido un aumento de los hogares no familiares*: entre ellos, los que más crecieron fueron los hogares unipersonales (6,7% a 9,7%). Los procesos de individualización propios de la modernidad se reflejan en el aumento de los hogares unipersonales, es decir, de las personas que por opción ya no viven en familia —más habitual entre la población joven que posterga la decisión de unirse o entre la adulta mayor, con suficientes recursos económicos (viudas)—.

- Otra tendencia es *la reducción del tamaño promedio de las familias y hogares*. Esta tendencia se registra en todos los países latinoamericanos aunque con variaciones significativas. Uruguay es el que registra el menor tamaño promedio por hogar (3,0 personas en 2005), mientras que Nicaragua se sitúa en el extremo opuesto (5,1 personas en 2001). Esto se encuentra asociado a fenómenos que se interrelacionan entre sí como la caída de la tasa de fecundidad, el nivel socioeconómico y el aumento de la participación femenina en el mercado de trabajo. También inciden factores como las uniones más tardías, la postergación de la maternidad y el distanciamiento entre los hijos.

Asimismo, el aumento de las uniones consensuales, se acompaña con una duración menor de las uniones, lo que exige analizar la calidad de los lazos afectivos que se generan en su interior.

LOS EFECTOS DE LA MIGRACIÓN SOBRE LAS FAMILIAS

La migración como estrategia económica familiar conlleva la fragmentación de las familias de manera más o menos permanente, lo que plantea crear nuevas formas de relaciones familiares (Jelin 1998). De acuerdo con estudios recientes, llama la atención el incremento de la participación de las mujeres que migran por razones laborales, de carácter familiar e individual, y que, en algunos casos, son sometidas a riesgos y desprotección mayores en los países de destino, situación que sugiere la necesidad de ampliar la investigación sobre los efectos familiares de la migración, especialmente de la femenina (Staab 2003).

La participación de las mujeres tiene especificidades y significados profundos, asociados tanto a las transformaciones económicas mundiales y a la reestructuración de los mercados laborales como a la consolidación de redes sociales y familiares. Este hecho acarrea también la potencialidad de abrir más espacios para las mujeres, al mismo tiempo que amenaza perpetuar patrones de desigualdad de género (Martínez 2008). Asimismo, se ha señalado que la magnitud de las remesas de los migrantes a sus familias de origen ha generado una nueva fuente de recursos no sólo para estas, sino también para algunos países de la región (Ecuador, El Salvador, Nicaragua, República Dominicana).

En conjunto con el resto de los migrantes conforman nuevos tipos de familia llamadas familias a distancia o familias transnacionales. El aumento de la jefatura femenina en décadas previas puede atribuirse en alguna medida a la migración masculina pero en la actualidad la migración femenina configura patrones familiares donde los abuelos y otros parientes deben hacerse cargo del cuidado de las hijas e hijos que las migrantes no pueden llevar consigo. Algunos países como Ecuador muestran un aumento de las familias monoparentales de jefatura masculina que posiblemente dan cuenta de este fenómeno.

A pesar de que las familias que se quedan en los países de origen, muchas veces se benefician económicamente de la migración, la distribución desigual de responsabilidades de cuidado entre hombres y mujeres, hace que la ausencia de la madre, tradicionalmente principal responsable de los cuidados familiares, pueda causar una crisis de cuidados en estas familias que se reflejan en costos sociales para toda la familia.

LAS DESIGUALDADES

La vinculación de la familia con los procesos de desigualdad social es de larga data. Se estima que la reproducción de las desigualdades sociales tiene su origen en el sistema de parentesco y en las condiciones de origen de las familias, que condicionan el acceso de sus integrantes a activos sociales, económicos y simbólicos.

Vale la pena recordar que la región latinoamericana es la más desigual del mundo (medida por el coeficiente de Gini). Así, las grandes tendencias observadas

en las familias se producen con una amplia diversidad entre grupos y clases sociales. Por ejemplo, los hogares de las familias que pertenecen al quintil superior de ingresos tienen 2 ó 3 personas menos que el quintil de menores ingresos, dado el mayor número de hijos de las familias más pobres. Asimismo, los hogares extendidos se concentran entre los más pobres y los unipersonales entre los más ricos, y se aprecia gran diversidad en los niveles de bienestar que se asocia con las distintas etapas de ciclo de vida familiar (ver Gráfica 4). Ya se indicó que las familias pobres si son de jefatura femenina, son extremadamente pobres. Las estructuras de gasto y consumo de los hogares son diferenciales según los tramos de ingreso familiar.

Otra gran fuente de diversidad y desigualdad se encuentra entre las familias pertenecientes a grupos étnicos y afro descendientes cuyos valores y comportamientos en torno a la familia difieren de los no indígenas (ej. Aymaras y quechuas se diferencian en el inicio de su ciclo reproductivo que es más tardío que el de grupos de no indígenas de Bolivia y de los guaraníes en Paraguay). Asimismo, la concepción de familia y el tamaño ideal varían según etnias.

Una fuente de desigualdad profunda tiene sus bases en el sistema de género imperante. Se refiere a la desigual distribución del trabajo doméstico no remunerado y de cuidado entre hombres y mujeres. En la región latinoamericana se puede concluir que el tiempo total destinado a las actividades no remuneradas domésticas y de cuidado es mayor en las mujeres que en los varones. Aún cuando las encuestas de uso de tiempo no son comparables entre sí se observan las siguientes tendencias generales:

El tiempo de trabajo global de las mujeres (remunerado y no remunerado) es mayor que el tiempo global de los hombres. El tiempo diario total es el siguiente: en Bolivia 2001, los hombres destinan 10,8 horas y las mujeres 11,8; en Guatemala 2000, los hombres 10,8 y las mujeres 12,8; en Nicaragua 1998, 10,6 los hombres y 11,9 las mujeres.

Los hombres tienen una menor participación e invierten menos tiempo en las actividades domésticas y de cuidado. Por ejemplo en México 2002, las mujeres aportan 85% del tiempo total de trabajo doméstico y los hombres un 15%. Las mujeres destinan en promedio 14 horas a la semana exclusivamente al cuidado de niños y otros miembros del hogar, en cambio los varones contribuyen con 7,6 horas.

El mayor tiempo dedicado por las mujeres se incrementa notablemente en los tramos del ciclo vital asociado a la tenencia de niños y niñas. Situación que no ocurre con el tiempo que destinan los hombres, el cual permanece prácticamente constante para los distintos tramos de edad que componen su ciclo de vida.

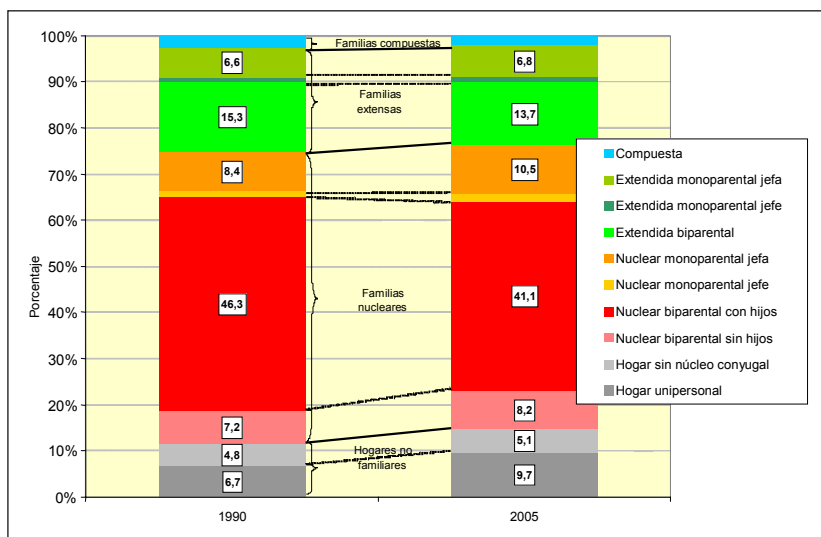
La jornada laboral de las mujeres es inferior a la de los varones, debido a la necesidad de atender las responsabilidades domésticas y familiares. En la encuesta de Chile 2007, se encontró que del tiempo total destinado al cuidado de personas en el hogar las mujeres ejecutan 78,2% y los hombres 22,8%; con respecto a las tareas

domésticas, las mujeres destinan 66,4% y los hombres el 33,6%; en cambio, para el trabajo remunerado la relación se invierte y del total del tiempo, los hombres destinan 69% y las mujeres 38%.

Incluso cuando las mujeres trabajan remuneradamente el trabajo doméstico y de cuidado sigue siendo desigual entre varones y mujeres. En México las familias donde ambos cónyuges trabajan para el mercado laboral el tiempo se distribuye de la siguiente manera: los esposos trabajan 52 horas en su actividad económica y las esposas 37 horas, en promedio semanal; ellos destinan 4 horas a la limpieza de la vivienda y ellas 15 horas; ellos 7 horas a cocinar y ellas 15 horas y media; al cuidado de niños(as), ellos casi 8 horas y ellas 12 horas; y al aseo y cuidado de la ropa los varones una hora y media y las mujeres poco más de 8 horas.

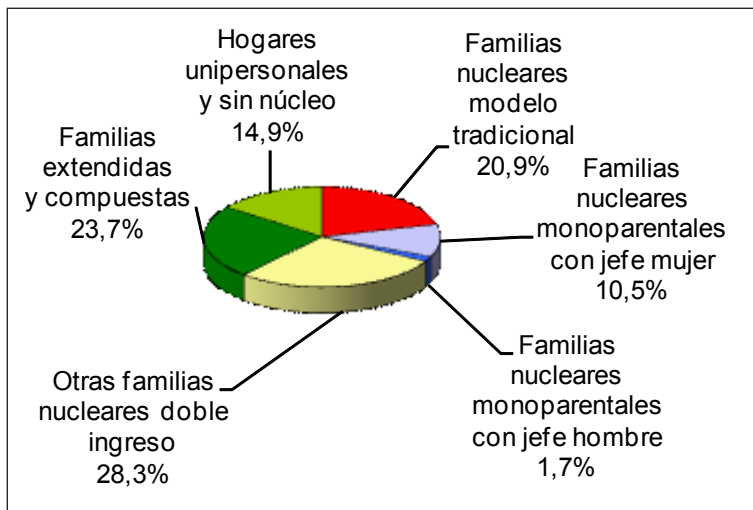
Las mujeres en hogares monoparentales con hijos que trabajan de forma remunerada trabajan menos horas que las mujeres que viven con pareja e hijos. En Uruguay 2007, las mujeres dedican 7 horas semanales menos al trabajo no remunerado que las mujeres que viven con su pareja e hijos (Aguirre, 2009). Tener pareja o casarse es una mala inversión para las mujeres en términos de incremento de trabajo doméstico no remunerado y de cuidado, y esa carga de trabajo aumenta en el caso de las mujeres pertenecientes a hogares complejos.

Gráfica 1. América Latina (16 países): cambios de hogares y familias urbanas, 1990-2005 (en porcentajes).



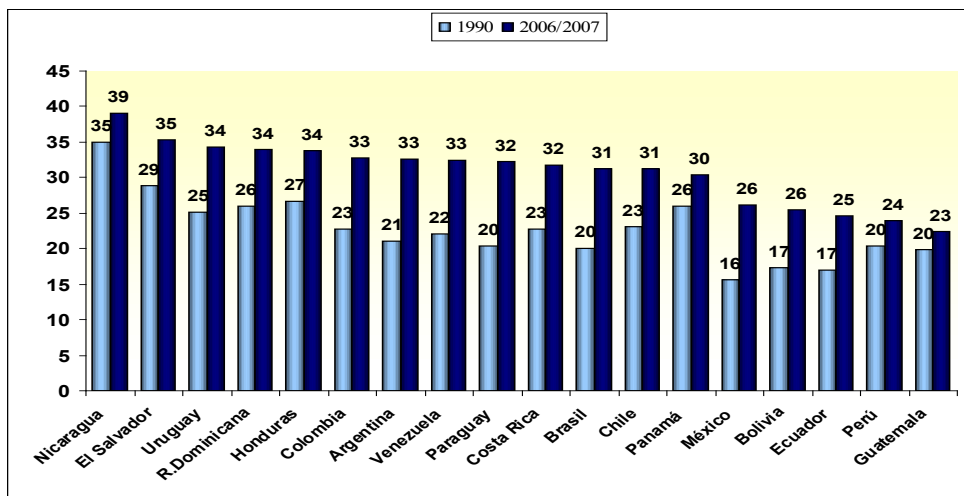
Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

Gráfica 2. América Latina (18 países): significación de las familias nucleares tradicionales en el total de hogares, zonas urbanas, 2005 (en porcentajes).



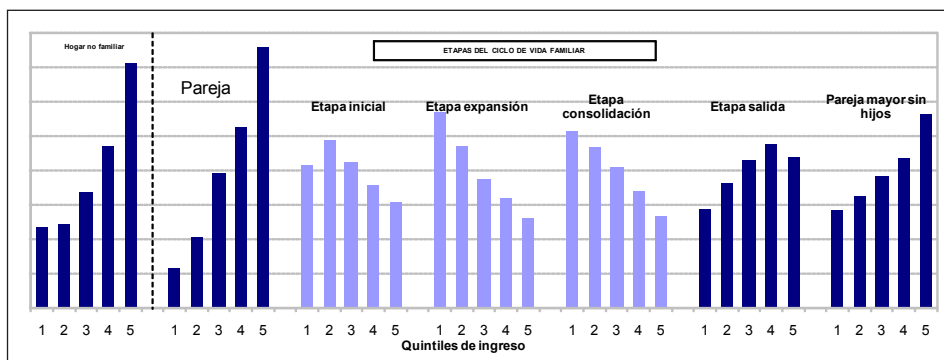
Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

Gráfica 3. América Latina (18 países): hogares urbanos con jefatura femenina, 1990-2006/2007.



Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

Gráfica 4. América Latina (18 países): pobreza de hogares por etapas del ciclo familiar, 2005



Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países

2. LOS GRANDES DESAFÍOS PARA LAS POLÍTICAS PÚBLICAS

Las familias son afectadas por las políticas públicas puesto que cualquier tipo de política está sustentada en una representación de lo que es una familia “normal”, de la forma y de la calidad de los vínculos familiares (conyugales, filiales y fraternales). De los derechos de sus miembros, entre ellos, los derechos a la integridad física y los derechos sexuales y reproductivos.

El diseño de las políticas públicas enfrenta varios desafíos. Un primer desafío se refiere a la consideración del dinamismo de las familias en relación con la situación económica, social y la etapa de su ciclo de vida. Es preciso un análisis cuidadoso de las proyecciones demográficas y epidemiológicas que den cuenta de las necesidades de cuidado de la población. El diseño de políticas para que el trabajo doméstico y de cuidado sea compartido y redistribuido no ha entrado plenamente en las agendas políticas y menos en la cultura y en la práctica de los latinoamericanos.

Las políticas y programas hacia las familias cuyos miembros tienen intereses heterogéneos y en algunos casos opuestos, plantea un nuevo interrogante: ¿las políticas deben dirigirse a las familias o a sus miembros? Es posible que las políticas dirigidas a la familia en general, beneficien más a algunos de sus integrantes, debido a la distribución desigual del poder en las familias, desigualdad sustentada y reproducida por varios factores: aportes económicos, sexo y edad.

La permanencia de ciertos mitos impiden un adecuado diseño de políticas hacia las familias: el mito de la familia nuclear como modelo ideal, con presencia

de ambos padres vinculados por matrimonio, con perspectiva de convivencia de larga duración, hijos propios y con rígida distribución de roles. La existencia de la familia armónica y con división de funciones, basada en la idea de que el hombre es el único que aporta económicamente al hogar y que la madre desempeña sólo tareas domésticas. Pese a que la mayoría de las mujeres latinoamericanas trabaja en el mercado laboral, –así como muchos jóvenes y niños–, se mantiene entre diseñadores de políticas la imagen de familia tradicional y de la madre como única cuidadora y agente de socialización de los hijos.

Aunque los sistemas públicos de bienestar social y las políticas sociales y de familia se han modificado en distinto grado, según los países y las circunstancias, para adaptarse a los profundos cambios familiares y demográficos registrados en el pasado reciente, un desafío central es la organización de la provisión pública de bienestar social, la que sigue descansando en unos supuestos muy concretos sobre las características y la dinámica de la vida familiar. En otras palabras, la familia continúa constituyendo un criterio básico de la organización de la protección social y para la prestación de servicios sociales. Los sistemas de bienestar debieran considerar el escenario actual caracterizado por una creciente complejidad y heterogeneidad de los hogares y familias y por el cambio en las relaciones entre sus miembros, debido a procesos de modernización y democratización.

Finalmente, un importante desafío para el Estado es el diseño de políticas públicas de cuidado de carácter integral e intersectorial que se sustenten en la articulación y regulación de una red de instancias públicas, privadas y mixtas que provean una infraestructura de servicios para garantizar una solución a la demanda de cuidado de la sociedad (Arriagada 2007a). Una infraestructura que al igual que la red de carreteras y puentes que apoya el desarrollo económico, sea un conjunto de políticas de servicios que apoyen a quienes no pueden proveerse por sí mismos de esos cuidados: los niños, los ancianos, los enfermos, los discapacitados (Durán 2006, Martínez y Camacho 2007). La adecuada regulación para la protección social de las personas dependientes es una asignatura pendiente en América Latina. Ningún país latinoamericano contempla ese diseño para las políticas de cuidado. En la mayoría de los casos éste recae sobre la denominada “solidaridad familiar” careciéndose de adecuada cobertura para la atención de los niños en edad preescolar, de adultos mayores y discapacitados. La diversidad de transiciones sociodemográficas de la región hace aconsejable diversos énfasis en el cuidado de los dependientes: niños (países en transición demográfica plena), adultos mayores (países en transición demográfica avanzada) y discapacitados (países que han pasado por conflictos armados).

La creciente diversificación de las estructuras familiares donde se destaca el aumento de los hogares con jefas y el aumento de la participación de las mujeres en el mercado laboral, refuerza la consideración de políticas y programas tendientes a articular adecuadamente familia y trabajo como un eje central, bajo un enfoque de

equidad de género, para gestionar un acuerdo más equilibrado con respecto a las bases que proveen el bienestar: Estado-Mercado-Familia-Comunidad. Se trata de buscar políticas ciudadanas conciliatorias en el marco de los distintos tipos de Estado y de regímenes de bienestar, y de evaluar los incentivos para la inserción ocupacional de las mujeres en condiciones de igualdad y para su permanencia en actividades de cuidados domésticos, especialmente en sus funciones maternas (Draibe y Riesco 2006). Algunas autoras han calificado a las mujeres de equilibristas o malabaristas en sus esfuerzos para conciliar familia y trabajo (Martínez y Camacho 2007).

En esta línea de reflexión se inscribe el diseño de políticas estatales, de responsabilidad social de las empresas y las propuestas de cambios legislativos en la esfera productiva y en la organización laboral. Crear políticas públicas que favorezcan la conciliación entre trabajo y familia, que eliminen las desigualdades de género y etarias y que posibiliten el cumplimiento de las funciones para el bienestar de sus familias. Estas políticas deberían abordar las dificultades que existen para compatibilizar la vida profesional con la familiar en este nuevo modelo económico globalizado, los nuevos esquemas de trabajo transitorios y con horarios extensos. Estos cambios están provocando un retraso en la edad de matrimonio y la disminución de la tasa de natalidad, lo que es posible igualmente por el aumento de los años de escolaridad y el retraso en el ingreso al mercado de trabajo. Para las mujeres más pobres, y en especial, para las jefas de familia se produce una gran sobrecarga de trabajo y se concentra con mayor peso el problema de combinar ambos trabajos.

Las propuestas para la región latinoamericana tienen el desafío mayor de la carencia de recursos adecuados y de falta de protección social para vastos sectores de la población que no acceden a un trabajo formal, de calidad y, por tanto, no están cubiertos por la seguridad social, en especial, la población adulta mayor, que enfrenta mayores dificultades de salud y de necesidades básicas no cubiertas.

Para terminar, quisiera subrayar el hecho de que los cambios culturales en las familias (y aquí me referiré más directamente a la situación en Chile) se aprecia con más fuerza en las prácticas cotidianas de las personas en relación con las formas de constitución de la familia y los estilos de vida familiares, estos cambios no permean aún suficientemente los discursos ni mucho menos los diseños de las políticas orientadas a su bienestar (sólo en 2005 se aprueba la ley de divorcio, y el aborto no se acepta bajo ninguna circunstancia).

Diversos estudios de opinión y encuestas mundiales de valores (Inglehart et al. 2004; Sunkel 2004) muestran sistemáticamente la valoración de la familia y del papel tradicional de la mujer dentro de la familia tanto en los hombres pero también en las mujeres, el que varía por clases sociales y por grupos de edad (valores respecto al respeto y responsabilidades de los padres, relación de las madres trabajadoras con sus hijos, entre el papel de dueña de casa y trabajadora, entre otros). Así, se apoya que el papel fundamental de la mujer sea cuidar a su familia y a sus hijos lo que se contradice

con una tasa de participación económica de las chilenas urbanas que alcanzaba, en 2003, a un total de 60% entre las mujeres que realizaban la crianza (25 a 34 años). Esta tensión en el doble papel de mujer-madre-dueña de casa y trabajadora y la culpa generada por el incumplimiento del papel que se le asigna socialmente, sería consistente con los hallazgos de algunas encuestas nacionales que indican que las mujeres están más insatisfechas con su vida privada que los varones.

Es posible interrogarse acerca de esta resistencia cultural que dificulta que los cambios en las familias y en las relaciones familiares sean incorporados en el discurso y en las políticas que se diseñan sobre la familia y que se refieren a la persistencia de una identidad femenina y masculina tradicional en la cultura latinoamericana y, especialmente, en la chilena.

La familia debería ser también un espacio de ejercicio de derechos democráticos sustentado en el respeto a la creciente autonomía de sus integrantes y en un mayor equilibrio en el reparto del trabajo (doméstico y social), de las oportunidades, del tiempo, de los recursos y de la toma de decisiones familiares. Se construirá de esta manera una nueva relación basada en que las asimetrías serán reguladas por pautas democráticas (Salles y Tuirán 1996).

En síntesis, desde un enfoque de derechos es preciso avanzar hacia nuevos sistemas de políticas públicas que incorporen los grandes cambios en el orden familiar y de género. Este desafío es complejo y no exento de una fuerte confrontación entre visiones diversas y en ocasiones, opuestas, sobre el papel de la familia, las formas como se organizan las relaciones de género y la labor del Estado en la provisión del bienestar. Las nuevas situaciones reseñadas, demandan que se considere el tiempo de cuidado, el tiempo laboral y de traslado de hombres y mujeres, y organizar la producción y reproducción de una manera más equitativa, éstas serían premisas básicas en un nuevo sistema del bienestar social que proporcione mejores oportunidades de vida para la población latinoamericana. Este tipo de políticas requiere un rediseño del Estado y, por tanto, un nuevo pacto social, político y económico, que incorpore de manera central la equidad y justicia social y de género.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aguirre, Rosario. 2009. *Las bases invisibles del bienestar social. El trabajo doméstico no remunerado en el Uruguay*. Montevideo: UNIFEM - Doble Clic editoras.

Arriagada, Irma. 2007a. Transformaciones de las familias y políticas públicas en América Latina. En *Entre familia y trabajo. Relaciones, conflictos y políticas de género en Europa y América Latina*, comps. María Antonia Carbonero y Silvia Levín. Rosario, Argentina: Homo Sapiens Ediciones.

_____. 2007b. Diez propuestas para mejorar la institucionalidad pública y las políticas hacia las familias en América Latina. En *Gestión y financiamiento de las políticas que afectan a las familias*. Serie

Seminarios y Conferencias No. 49, LC.L.2649-P. Santiago de Chile: CEPAL.

CEPAL. 2004. Caminos hacia la equidad de género en América Latina y el Caribe. Documento presentado a la 9a. Conferencia Regional sobre la Mujer de América Latina y el Caribe, LC/L.2114(CRM.9/3). Santiago de Chile: CEPAL.

_____. 2006. *Panorama social de América Latina*. LC/G.2326-P/E. Santiago de Chile: CEPAL.

Chant, Sylvia. 2003. *New contributions to the analysis of poverty: methodological and conceptual challenges to understanding poverty from a gender perspective*. Serie Mujer y Desarrollo No. 47. Santiago de Chile: CEPAL.

Draibe, Sonia y Manuel Riesco. 2006. *Estado de bienestar, desarrollo económico y ciudadanía: algunas lecciones de la literatura contemporánea*. Serie Estudios y Perspectivas No. 55, LC/MEX/L.742. México: CEPAL.

Durán, María Ángeles. 2006. El trabajo no remunerado y las familias. Ponencia presentada en el Internacional Workshop Household Satellite Accounts: Gender and Health. Measuring Women's Unpaid Contribution to Health and Economic Development, junio 5-6 de 2006, CEPAL-OPS, Santiago, Chile.

Inglehart, Ronald, Miguel Basáñez, Jaime Díez-Medrano, Lock Halman y Ruud Luijhx. 2004. *Human Beliefs and Values. A cross cultural sourcebook based on the 1999-2002 value surveys*. México: Siglo XXI editores.

Jelin, Elizabeth. 1998. *Pan y afectos, la transformación de la familia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

López, María Paz y Vania Salles. 2000. *Familia, género y pobreza*. Grupo Interdisciplinario sobre mujer trabajo y pobreza (GIMTRAP), México.

Martínez, Juliana. 2008. *¿Arañando bienestar? Trabajo remunerado, protección social y familias en América Central*. Buenos Aires: CLACSO.

Martínez, Juliana y Rosalía Camacho. 2007. Equilibristas o malabaristas..., pero ¿con red? La actual infraestructura de cuidados de América Latina. En *Trabajo, Familia y Estado, las transformaciones en las relaciones de género*, comps. María A. Carbonero y Silvia Levín. Buenos Aires: Homo Sapiens ediciones.

Milosavljevic, Vivian y Odette Tacla. 2007. *Incorporando un módulo de uso del tiempo a las encuestas de hogares: restricciones y potencialidades*. Serie Mujer y Desarrollo No. 83. Santiago de Chile: CEPAL.

PNUD, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. 1998. *Desarrollo humano en Chile. Las paradojas de la modernización*. Santiago de Chile.

Salles, Vania y Rodolfo Tuirán. 1996. Mitos y creencias sobre la vida familiar. *Revista Mexicana de Sociología*, año LVIII, No. 2: 117-135.

Staab, Silke. 2003. *En búsqueda de trabajo. Migración internacional de las mujeres latinoamericanas y caribeñas. Bibliografía seleccionada*. Serie Mujer y Desarrollo No 51. Santiago de Chile: CEPAL.

Sunkel, Guillermo. 2004. La familia desde la cultura. ¿Qué ha cambiado en América Latina? En *Cambio de las familias en el marco de las transformaciones globales: necesidad de políticas públicas eficaces*, comps. Irma Arriagada y V. Aranda. Serie de Seminarios y Conferencias No. 46. Santiago, Chile: CEPAL-UNFPA.